



Hacia la comprensión de una cultura política democrática

Viviana Paéz Ochoa
vivianapaez@cch.unam.mx

Toward the Comprehension of a Democratic Political Culture

Introducción

Desde los orígenes de la humanidad, los seres humanos han buscado formas de representar el mundo y de explicar los distintos fenómenos naturales o sociales que se generan en la realidad. Estas explicaciones sobre el mundo y la naturaleza se han forjado desde la narrativa mítica hasta las explicaciones racionales. El conjunto de las explicaciones realizadas por la humanidad es parte de lo que podemos comprender como Cultura.

La cultura es el conjunto de símbolos, creencias, normas, ideales, costumbres, entre otros elementos, que se transmiten de generación en generación dentro de una sociedad, otorgando identidad, sentido de pertenencia y cohesión social. La política es el ámbito social relativo a la organización y ejercicio del poder, por esa razón, actuar para la comprensión y desarrollo de una cultura política desde el horizonte democrático es apostar por incidir de manera positiva en la conducta de los individuos, al fomentar y solidificar la participación ciudadana con base en los valores de igualdad, justicia y libertad en favor de la diversidad y el pluralismo.



La política es el ámbito social relativo a la organización y ejercicio del poder

Resumen

Fomentar dentro de una sociedad el desarrollo de una cultura política democrática sigue siendo un punto de partida para la construcción, solidificación y ejercicio de la democracia, puesto que a partir del conocimiento sobre qué son los valores, las creencias, las conductas y las convicciones de los ciudadanos pertenecientes a una comunidad, podemos comprender de mejor manera las relaciones entre los individuos, las relaciones entre diversos grupos sociales, el ejercicio del poder, la organización interna de la sociedad, el desarrollo y función de las instituciones, la concepción sobre la obediencia, la resistencia civil, es decir, la vida política en general de cualquier sociedad.

Palabras clave: Cultura política, democracia, valores para la democracia, imaginarios sociales, participación ciudadana.

Abstract

Fostering within a society the development of a democratic political culture remains a starting point for the construction, solidification, and exercise of democracy, since from the knowledge of what values are, the beliefs, behaviors, and convictions of citizens belonging to a community, we can better understand the relations between individuals, the relations between various social groups, the exercise of power, the internal organization of society, the development and function of institutions, the conception about obedience, the civil resistance, that is, the political life in general of any society.

Keywords: Political culture, Democracy, Values for democracy, Social Imaginaries, Citizen participation.

La **política**, por muchos siglos, ha sido considerada el ámbito de la sociedad en **donde se organiza el poder**.

Cultura política

Cobra relevancia tratar de precisar el término *cultura política*, pues actualmente pretendemos incluir en el concepto una serie de hechos y sucesos que escapan a su significado o lo utilizamos de una manera laxa y fuera de contexto. Desde siempre el ser humano y, para ser más precisos, la sociedad han construido formas de representarse al mundo y de explicarse los distintos fenómenos que en él ocurren. Esta construcción es un conjunto de símbolos, normas, creencias, ideales, costumbres, mitos y rituales que de una u otra forma estructuran la cultura de una sociedad otorgándole una identidad y un significado: “la cultura da consistencia a una sociedad en la medida en que en ella se hallan condensadas herencias, imágenes compartidas y experiencias colectivas que dan a la población su sentido de pertenencia (...)” (Peschard, 2001: 9).

La política, por muchos siglos, ha sido considerada el ámbito de la sociedad en donde se organiza el *poder*, para Lefort, pensar en lo político es preguntarse por el sentido y comprensión de dicho término, y a pesar de que para él toda definición estorba al libre juego del pensamiento, define lo político como “un principio o conjunto de principios generadores de las relaciones que los hombres mantienen entre sí y con el mundo (...)” (Lefort, 1991: 18).

Asimismo, Lefort nos dirá que la *politeía*, entendida como “Antiguo régimen”, encierra la idea de un tipo de constitución y la de un estilo de existencia o modo de vida; este autor entiende por *Constitución*¹ una forma de gobierno, una estructura legítima del poder, y por *existencia o modo de vida* se refiere a una serie de costumbres, creencias que dan

¹ Para C. Lefort, la política se materializa en el espacio social, la cual se despliega como algo inteligible que se articula con lo real e imaginario, lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, tiene una cuasirrepresentación de sí misma en su *constitución* aristocrática, monárquica, despótica, democrática o totalitaria. Vid. Lefort, 1991, *La cuestión de la democracia*, pág. 20.

Viviana Paéz Ochoa

Licenciada en Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UNAM. Tiene estudios de maestría en Filosofía de la Religión por la misma institución. Es profesora adscrita al Colegio de Ciencias y Humanidades plantel Oriente. Es integrante del Seminario central de filosofía del Colegio. Ha acreditado diplomados sobre género, feminismo y asesoría educativa. Ha impartido cursos, dictado conferencias, ponencia y charlas sobre diversos temas a profesores y alumnos. Su trabajo académico versa sobre el existencialismo, religiosidad y cultura, estudios sobre Género, Feminismo y educación.



testimonio sobre un conjunto de normas implícitas que rigen lo justo—lo injusto, lo bueno—lo malo etcétera.

La política se revela así, no en eso que denominamos actividad política, sino en ese doble movimiento de aparición y ocultamiento del modo de institución de la sociedad. Aparición, en el sentido en que brinda visibilidad al proceso por medio del cual se ordena y unifica la sociedad [...] ocultamiento en el sentido en que un sitio de la política es designado como particular [...] (Lefort, 1991: 19-20).

Siguiendo este análisis podemos entender como cultura política al conjunto de valores, concepciones y actitudes que configuran la percepción subjetiva de una población frente al poder y cómo estas percepciones influyen en la construcción de formas de gobierno, de instituciones y de organizaciones políticas.

Para Peschard (2001), la cultura política juega el papel de *imaginario colectivo* construido para dar razón y sustento a los asuntos del poder: la influencia, la autoridad, la sujeción, el sometimiento, la obediencia, la resistencia, la rebelión, entre otras. Baczkó, en *Los imaginarios sociales*, nos dice que los seres humanos siempre han imaginado comunidades en felicidad total, que estos imaginarios utópicos son una forma específica de ordenamiento de las representaciones que la sociedad se da a sí misma:

Estas representaciones de la realidad social [...] inventadas y elaboradas con materiales tomados del caudal simbólico, tiene una realidad

específica que reside en su misma existencia, en su impacto variable sobre las mentalidades y los comportamientos colectivos en las múltiples funciones que ejercen en la vida social. (Baczkó, 1984: 8).

Hemos afirmado que cultura política e imaginarios sociales colectivos van de la mano, pues ambos dan forma y estructura a la sociedad, así como a la relación que ésta mantiene con el poder y con ella misma. A lo largo de la historia del pensamiento, nos hemos encontrado con la creación y utilización de diferentes imaginarios como son, el Estado-Nación, la Revolución, el Centro, la Izquierda, la Derecha entre otros. Los sistemas totalitaristas han hecho uso de las representaciones colectivas, pues a través de ellas, la sociedad designa su identidad, produciendo una representación total de un “orden” en donde cada elemento tiene su lugar y su razón de ser.

Los imaginarios colectivos juegan un papel importante no sólo en los sistemas totalitaristas, sino en toda construcción simbólica, en toda construcción social, ya que permite conjugar distintos tipos de racionalidad: “en los que el consenso, la confianza y la participación, se puedan comprender no sólo como resultado de procedimientos regulados [...] sino también como creación de sentido [...] de emociones y afectos...” Gutiérrez, (1997: 37). En este sentido los imaginarios sociales son de gran importancia ya que son la vía para poder sustentar una cultura política en sentido amplio, dado su poder regulador sobre la vida colectiva.



La política actual

Para hablar de una cultura política que esté encaminada a la democracia es importante resaltar cuáles han sido las transformaciones que ha sufrido no sólo la democracia, sino en general la política frente a los nuevos horizontes de sentido de la modernidad. Cuando hablamos de la modernidad no sólo nos referimos a los cambios y a los grandes avances en materia de tecnología y comunicaciones, también debemos incluir las transformaciones demográficas, económicas, políticas y sociales.

Siguiendo los estudios realizados por Lechner, en “Las transformaciones de la política” (1996), podemos decir que la política ha tenido grandes transformaciones, tanto en su contexto histórico-social, como en la propia comprensión de sí misma de forma profunda y significativa. Estas transformaciones han tenido lugar en tres fenómenos importantes: a) El descentramiento de la política, b) La informalización de la política, y c) Las nuevas relaciones entre lo público y lo privado.

La democracia para muchos pueblos latinoamericanos, desde la perspectiva de Lechner, significa una libertad conquistada frente al autoritarismo, la subyugación y el sometimiento. El hecho de que dicha *libertad conquistada* se mantenga en la actualidad significa ya por sí misma un gran avance. El surgimiento de la democracia en dichas regiones significó el fortalecimiento de la libertad, de la participación ciudadana, de la búsqueda de equidad social; a su vez trajo consigo una precariedad de

las instituciones representativas, de los derechos ciudadanos, así como un incremento en la pobreza y la exclusión.

El incumplimiento de las promesas democráticas y la creciente complejidad de las sociedades actuales ponen en tela de juicio “el modelo democrático” que conserva una imagen estática de la política, que no permite conocer el quehacer propio de ésta y mucho menos experimentar nuevas formas de pensar y hacer política en la actualidad; estamos ante un proceso de *composición* y *recomposición* de la manera de pensar y de hacer política. Este proceso se encuentra principalmente impulsado por una serie de cambios y transformaciones en el contexto del desarrollo de la política en los últimos años.

Entre algunas de las transformaciones que han marcado el desarrollo político del siglo **xx** podemos recordar la caída del Muro de Berlín, en 1989, el cual puso fin a la polarización político-militar que se vivía en el mundo, diluyéndose con éste una serie de ejes clasificatorios e hitos simbólicos que daban estructura a la realidad social, entre ellos, los imaginarios sociales capitalismo-socialismo.

En la actualidad vivimos el proceso de globalización en diferentes espacios de la vida, como son en lo económico, tecnológico y migratorio, que afectan el orden social y los estilos de vida de los ciudadanos. La globalización no es un fenómeno externo, sino más bien es una restauración, una recomposición desde el interior de cada país, de cada sociedad. Una de las consecuencias de la globalización mundial es la segmentación, la fragmentación de sociedades: “Por un lado, (se) profundiza la

La **democracia** para muchos pueblos latinoamericanos, desde la perspectiva de Lechner, significa una **libertad conquistada** frente al **autoritarismo**, la **subyugación** y el **sometimiento**.

participación muy asimétrica de los diversos países en el nuevo sistema social. Por el otro, (se) agrandan las distancias en el interior de cada sociedad” (Lechner, 1996: 5).

Esta doble fragmentación de las sociedades torna difícil poder conformar la “comunidad de ciudadanos” que presupone la democracia. Junto con estos dos fenómenos nos encontramos ante una dinámica social que se ha desplazado del Estado al Mercado; ante los procesos de modernización, el Estado encuentra dificultades para representar y regular los procesos sociales, dejando esta responsabilidad al Mercado. La economía capitalista regula la acción política mediante las variables macroeconómicas generando no sólo una economía de mercado, sino también una sociedad de mercado, la cual presenta nuevas actitudes, conductas y expectativas permitiendo el surgimiento de nuevas necesidades y nuevas formas de convivencia, así como de nuevos imaginarios colectivos que permitan resignificar la vida social.

Esta nueva resignificación de la vida social está acompañada de una nueva cultura, una cultura posmoderna con sensibilidades y valoraciones diferentes. Nos encontramos ante la aceleración del tiempo, lo que importa es el presente y la política se desarrolla en el *aquí y en el ahora*. Hay un predominio de la imagen frente a la palabra, un olvido del significado propio

de la política, un consumismo desbordado en donde todo es desechable y reemplazable.

Todos estos cambios en el contexto de la sociedad han provocado una transformación en la democracia y una transformación de la política misma, quedando entredicho el lugar de la política como núcleo rector del desarrollo social. El centro de gravitación se desplaza de la política a la economía, dejando en suspenso la “unidad” de la sociedad, debido a la creciente autonomía de distintas entidades de la actividad social.

La instrumentalización económica de la política provoca que ésta pierda su centralidad, diluyéndose el ámbito específico en el cual se determina y asegura el orden social; y ante la ausencia de una institución articuladora de lo colectivo, la diversidad social no logra concentrarse como pluralidad: “El descentramiento de la política consagra la disgregación social” (Lechner, 1996: 9).

El descentramiento político implica una informalización de las instituciones, ésta se origina ante una prematura búsqueda de resultados institucionales. La institucionalización sirve para crear un horizonte temporal más allá del presente; una institución que perdura en el tiempo genera la confianza necesaria para intervenir en el futuro. Debido a esta



búsqueda prematura de resultados, la credibilidad de las instituciones en la actualidad es sacrificada en nombre de la eficiencia, lo mismo sucede con el proceso democrático dentro de las instituciones políticas que es sacrificado: ahora los acuerdos privados son la forma preva- leciente de coordinación social.

En este sentido la política existente ocurre al margen de las instituciones democráticas, en la actualidad nos encontramos ante la creación desbordada y desmedida de las instituciones que a su vez significa un vaciamiento del sistema político debido a que “las instituciones democráticas subsisten, pero despojadas de sus funciones de representación y regulación social (...)” (Lechner, 1996: 9), en este sentido, la democracia pierde contacto con la vida ciudadana.

Debido a las transformaciones del ámbito político institucional se presenta un cambio en la experiencia cotidiana de la gente acerca del orden colectivo, hay una reestructuración de lo público y de lo privado, y de la relación entre ellos. La opinión pública se propaga como expresión de la opinión personal de los ciudadanos, debido a varios factores, entre ellos “la cultura de la imagen”, la cual nos crea una opinión ya no por el razonamiento, sino por el impacto instantáneo de la mirada, de aquello que ha sido observado; ejemplos de esto los encontramos todos los días en las redes sociales y en los diferentes medios de comunicación que, mediante una serie de imágenes, nos tratan de vender al “mejor” candidato o tratan de decirnos quienes son los “buenos” o los “malos”.

En este sentido, encontramos que el ciudadano se ha transformado, ya no es el sujeto autónomo y racional del que nos hablaba Kant, el cual

debía sentirse orgullo de tener el valor de poder servirse de su propia razón². Actualmente, este sujeto se ha transformado en un *consumidor* que delimita su libertad de elección en el propio consumo, este ser como consumidor es ahora la manera de entender el ejercicio público.

El protagonismo de la imagen modifica [...] tanto el ritmo y el ámbito de la política como el papel del ciudadano: desde la atención disponible y la información valorada hasta el criterio estético con que contempla el espectáculo político. Asistimos a la mutación del ciudadano de un individuo racional y autónomo en un consumidor [...] (Lechner, 1996: 13).

El ejercicio público se ve contrapuesto por la esfera privada, en la actualidad, hay una tendencia del ser humano por retraerse a la vida privada generando una “cultura del yo”, en la cual se cultiva el ego, las emociones y el goce personal, de tal manera que existe una reconstrucción de la ciudadanía desde el ámbito privado, debido a que la privacidad se ve constantemente asediada por el mundo externo: las condiciones de género, identidad sexual, etnia, salud reproductiva entre otros se han convertido en temas propios de la esfera y el debate público.

A pesar de todas estas transformaciones de la política y de las repercusiones que ha tenido en la democracia, en la actualidad se sigue apostando por un modelo y una cultura política propiamente en términos democráticos.

2. Vid. Kant, I. (1998). *¿Qué es la ilustración?* En *Filosofía de la historia*.



La democracia actual

En *La cuestión de la democracia* (1991), Lefort desea contribuir a la restauración de la filosofía política, pues considera que para que dicha restauración sea posible es necesario dar un nuevo sentido a la idea de libertad. “Las sociedades democráticas modernas se caracterizan por la delimitación de una esfera de instituciones, de relaciones, de actividades que aparecen como políticas (...)” (Lefort, 1991: 19), que a su vez se diferencian de las económicas, jurídicas, estéticas, etcétera. La política se circunscribe a la vida social apareciendo y ocultándose en la institución de la sociedad. Es en la sociedad donde la política se hace inteligible y se articula de un modo singular en relación con lo real y lo imaginario, con la verdadero y lo

falso, etc.; es en la sociedad donde se constituye a sí misma como aristocrática, monárquica, despótica o democrática.

Lefort (1991) considera que la aparición del totalitarismo nos debe llevar a interrogarnos sobre el sentido y el valor de la democracia; para él, el totalitarismo no surge de la transformación de los medios de producción, sino de una transformación en el orden simbólico: en el estatuto del poder. La sociedad actual se ha modificado y entre sus rasgos más característicos se encuentran: las relaciones y “condensaciones entre la esfera del poder, la esfera de la ley y la esfera del saber”³, el poder, en estas nuevas sociedades siempre se revelará como el órgano de un discurso que enuncia lo real.

³ Vid. Lefort, C. (1991) *La cuestión de la democracia*.

En el totalitarismo moderno (en las nuevas sociedades) el poder y el saber se incorporan en un grupo o en una persona, y dicha unión es difícil de fracturar. El estado y la sociedad civil se confunden, pero la democracia no puede reducirse a un sistema de instituciones, como ya lo había dicho Alexis de Tocqueville, la democracia es una forma de sociedad, la cual escapa a la lógica del poder encarnado. La democracia debe ser entendida como una forma de gobierno en el cual todas las personas pueden participar de manera libre en la toma de decisiones en busca del bien común, en ese sentido, se vuelve un espacio que promueve la libertad, la igualdad, la justicia, el respeto, la tolerancia, la diversidad y la solidaridad. La democracia es una organización social que se sustenta en valores y principios, que claramente difiere de la concepción totalitaria de la sociedad.

Para intentar comprender las transformaciones simbólicas que se generan con el surgimiento de la democracia, es necesario mencionar algunas características de la monarquía. En la monarquía la lógica del poder se encarnaba en la persona misma del príncipe, dando cuerpo a la sociedad; por encima de él,

se encontraba la ley y la sabiduría divina. En la época monárquica se relacionaba estas tres esferas el poder, la ley y el saber, cabe recalcar que “el príncipe llevaba en sí mismo (...) el principio de la generación y del orden (...)” (Lefort, 1990: 189), porque en él, el poder se simbolizaba dando cuerpo a la sociedad.

Con la democracia surge la noción del poder como *un lugar vacío* debido a que éste no puede tomar forma ni figura, no puede incorporarse o encarnar en ninguna persona ni en ningún grupo de personas; quien ejerce el poder ya no es un príncipe o un rey que había sido investido con tal potestad, con la democracia, quien gobierna, son personas que están sometidos a la renovación periódica del ejercicio de un poder que se les ha otorgado.

El ejercicio del poder en la democracia se encuentra fuera de la sociedad, porque ninguna persona o grupo de personas puede ser consustancial a él, es un lugar vacío “un lugar infigurable que no está ni fuera ni dentro, es la noción de una instancia puramente simbólica en el sentido en que ya no se localiza en lo real (...)” (Lefort, 1990: 190). Para poder dar sustento a la sociedad, la democracia instituye una nueva forma de identidad: “el pueblo soberano”, el cual garantiza la relación con lo real; en este sentido, las sociedades democráticas se instituyen como sociedades sin cuerpo, carecen de una identidad definida y las estructuras



imaginarias como Pueblo, Estado, y Nación adquieren una identidad universal dentro de los límites de las redes de socialización.

Apuntes finales: Hacia una cultura política democrática

Como se pudo apreciar, tanto Lefort como Lechner consideran al final de sus reflexiones que la democracia sigue siendo una alternativa para el ejercicio del poder, encuentran en ella las condiciones de posibilidad de hallar igualdad y libertad para todos y cada uno de los seres humanos.

Los cambios que han tenido la política y la democracia debido a la modernización de las sociedades se deben a que dichas modernizaciones trastocan, como se ha podido ver, los patrones tradicionales de identidad comunitaria y de integración social. Peschard en “La cultura política democrática”, y haciendo eco de los estudios realizados por Tocqueville y principalmente de Almond y Verba (1970) —en su texto sobre *La cultura cívica. Estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*—, se pregunta: ¿qué impedía que las instituciones democráticas funcionaran?, y de manera más general, ¿por qué la democracia no era una buena forma de gobierno para algunos países incluyendo el nuestro? La respuesta que Peschard encontró era que los sistemas de gobierno que no contaban con una cultura política adecuada no permitían el pleno desarrollo del sistema democrático, es decir, la democracia no funciona adecuadamente en aquellos países que no poseen valores y símbolos políticos

que estén suficientemente enraizados entre la población⁴.

Algunos de los componentes de una cultura democrática, a los que se refiere Peschard son: la noción de *ciudadanía* que está conformada por individuos —libres, racionales e iguales ante la ley. El ciudadano debe ser y es el protagonista de la vida pública de cualquier sociedad democrática. La *participación ciudadana* es otra característica democrática, pues a través de ella, el ciudadano nombra a sus representantes y a su vez se hace escuchar para defender sus derechos. La *legalidad* es un principio básico pues en él se encuentra el respeto a un orden jurídico establecido. Y junto con esto podemos encontrar otros principios básicos como son la pluralidad, la soberanía, etcétera.

Anteriormente, habíamos mencionado que la democracia no alcanza su esplendor o consumación en las instituciones, sino más bien, es un sistema político-social que se arraiga en las costumbres y tradiciones de un pueblo, pero también es cierto que la democracia requiere de las costumbres y tradiciones de una sociedad para el ejercicio del poder.

La posibilidad del desarrollo de una cultura política democrática al interior de una sociedad requiere que sus ciudadanos aprendan e interioricen valores, símbolos y actitudes sobre la política. Este aprendizaje es plenamente cultural, pues es necesario colocarse en el interior de una sociedad para poder ser partícipe de los códigos de ésta. A esta inserción es conocida por varios estudios como “socialización

⁴ Vid. Peschard, J. (2001). *La cultura política democrática*.



política”: “Es la adquisición de una inclinación hacia determinado comportamiento valorado de manera positiva o (...) la eliminación de disposiciones hacia una conducta valorada negativamente (...)” (Peshard, 2001: 42).

La socialización garantiza la perpetuación de la cultura y de las estructuras que configuran a la misma, debido a que en ella se transmiten los valores, los símbolos y las actitudes frente a la sociedad. La socialización se lleva a cabo dentro de las familias, las escuelas, las amistades, los grupos religioso, etcétera.

Al principio de este trabajo nos preguntábamos por la importancia de una cultura política en términos democráticos. Concluimos que su importancia recae en el hecho de que una cultura política democrática es pilar fundamental de un sistema democrático estable: “(...) la vía para afianzar, generalizar y profundizar las reivindicaciones y las prácticas e instituciones democráticas es consolidando una cultura política democrática, haciéndola patrimonio colectivo que (...) se convierta en sentido común” (Gutiérrez, 1997: 37).

Reconocemos la importancia del desarrollo de una cultura política democrática, pero también somos conscientes de los grandes retos que se deben enfrentar para poder alcanzar un tejido cultural que de sostén firme a los logros de la democracia. En la actualidad, y particularmente en nuestro país, encontramos que las estructuras definidas formalmente como democráticas están lejos de cumplir con los

principios de pluralidad y competencia, nos encontramos ante una falta de interés para promover y transmitir valores y actitudes democráticas, y aquellos que llevan a cabo dicha tarea se enfrentan con la posibilidad de caer en terrenos infértiles. Debido a estas expectativas, se requiere seguir buscando alternativas teóricas y prácticas que permitan reconfigurar la democracia, pues la democracia sigue siendo una alternativa ideal para sociedades en proceso de cambio.

Referencias

- Baczko, B. (1984). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Nueva Visión.
- Gutiérrez, G. (1997). Cultura política e imaginarios democráticos. *Revista del Colegio de Filosofía y Letras*, 4.
- Kant, I. (1998). ¿Qué es la ilustración? En I. Kant, *Filosofía de la historia*. FCE.
- Lechner, N. (1996, enero-marzo). Las transformaciones de la política. *Revista Mexicana de Sociología*, 58 (1).
- Lefort, C. (1991). La cuestión de la democracia. En *Ensayo sobre lo político*.
- (1991). Democracia y advenimiento de un lugar vacío. En *La invención democrática*. Nueva Visión.
- Peschard, J. (2001). La cultura política democrática. En J. Peschard, *Cuadernos de divulgación de la cultura*. IFE.